

Hace años, cuando nuestros nietos eran jóvenes, Ruth y yo estábamos visitando una de nuestras hijas y su familia. Nuestro yerno abrió un paquete que había recibido que estaba envuelto con envoltura de burbujas. Él le dio a nuestros dos nietos mayores con la declaración: «Vamos a ver quien puede reventar las mayor parte de las burbujas». Casi inmediatamente los dos comenzaron a pelear por las burbujas y comenzaron a llorar. Después de que nosotros, en cierto modo, los calmamos, mi yerno se me volvió y dijo, «Parece que casi cada vez que trato de jugar con mis hijos, ellos se meten en una pelea y estropean cualquiera cosa que estamos haciendo». Dije, «Tú los tenía compitiendo el uno contra el otro, y cuando haces eso, siempre va a haber un ganador y un perdedor». Él respondió, «Pero eso es divertido». Dije, «Para ti, tal vez, pero no para el perdedor».

El cuadro de vida humana que vemos en las lecturas de hoy no es bonito. Cuando Jesús les dijo a sus discípulos que él va a ser asesinado, no captan lo que el les dice . ¿Estaban incluso escuchándole? El Evangelio nos dice que, «en el camino ellos habían discutido sobre quién de ellos era el más importante». La segunda lectura, La Carta de Santiago, advierte contra «envidias y rivalidades», contra codiciando y contra pidiéndole a Dios por algo que es simplemente para nuestro propio placer. Las advertencias como éstas no están escritas, sin mencionar incluidas en nuestras enseñanzas más importantes, a menos que hay gente que vive en esa manera. Y el resultado de vivir en esa manera, según La Carta de Santiago, es «desorden y toda clase de obras malas», combatiendo y haciendo guerra.

El retrato en nuestra primera lectura es incluso más feo en su especificidad: «Tendamos una trampa al justo Sometámoslo a la humillación y a la tortura Condenémoslo a una muerte ignominiosa . . .». Nuestro pasaje del Libro de la Sabiduría es sólo un extracto. Aquí hay más:

Vengan, pues, gocemos de los bienes presentes, aprovechémonos de todo, ¡ea, vamos, es la juventud!, ¡que haya vino y perfumes! ¡No dejemos que se marchiten las rosas, pongámoslas en nuestra corona! ¡Que nadie de nosotros falte a nuestra comilonas; por todas partes dejaremos recuerdos de nuestra fiestas, pues ésa es nuestra herencia y nuestra suerte. Seamos duros con esos pobres piadosos, y lo mismo con la viudas; ¡nada de respeto con los viejos de cabellos blancos! ¡Nuestra fuerza sea la ley! ¡La debilidad es prueba de que uno no sirve para nada! (Sabiduría 2:6-11).

¿Es esto un caso de cuanto más cambian las cosas, más permanecen como estaban?
¿No suenan estas declaraciones como mucho de lo que oímos hoy en día? El deseo de ser el mejor, compitiendo uno contra el otro en las envidias y rivalidades, conspiraciones contra aquellos con quienes no estamos de acuerdo—esto no es la materia de juegos de niños. A esto muchos en nuestro mundo se dedican sus vidas. Y es fácil, demasiado fácil, para señalar con nuestro dedo hacia los grandes banqueros y Wall Street. Desde juegos de niños a la escena política a financistas y detrás a nosotros, parece que demasiado de nosotros nos centramos en sacar ventaja y quedarnos así, no importa quien sufre como el resultado.

Sin embargo, tenemos también en nuestras lecturas de hoy una respuesta a esta manera de vida. En la carta de Santiago leemos:

Pero los que tienen la sabiduría que viene de Dios son puros, ante todo.

Además, son amantes de la paz, comprensivos, dóciles, están llenos de misericordia y buenos frutos, son imparciales, y sinceros. Los pacíficos siembran la paz y cosechan frutos de justicia.

Observen que esta sabiduría viene desde arriba; no es sabiduría humana. Me recuerdo lo que Jesús le dijo a Pedro cuando Pedro comenzó a «disuadirlo» después de que Jesús le dijo por primera vez del sufrimiento y la muerte que él tendría que soportar: «¡Apártate de mí, Satanás! Porque tú no juzgas según Dios, sino según los hombres».

Y observen lo que Jesús dice esta vez:

. . . tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:
«El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe. Y el que me reciba a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me ha enviado».

Niños no tenían posición en estos tiempos y recuerden que Jesús está hablándoles a doce hombres. Algunos de ustedes recordarán un tiempo cuando los niños debían ser vistos, no oídos. Aún más era verdad en el tiempo de Jesús. Cuando Jesús se refiere a la recepción de un niño, la palabra griega que él usa significa «recibir, aceptar, o tomar». Quienquiera, entonces, «recibe y acepta» uno de los menos respetados entre los seres humanos, esa persona está recibiendo y aceptando a Dios en su presencia. Un punto final: El Evangelio dice, «Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Quiero hacer esta declaración personal: Si alguno de nosotros desea

que se celebrará en la más alta estima, en cualquier situación, se llevará a cabo en la estima más baja. Que Dios penetre nuestras consciencias y nos ayude a vernos a nosotros mismos como realmente somos.